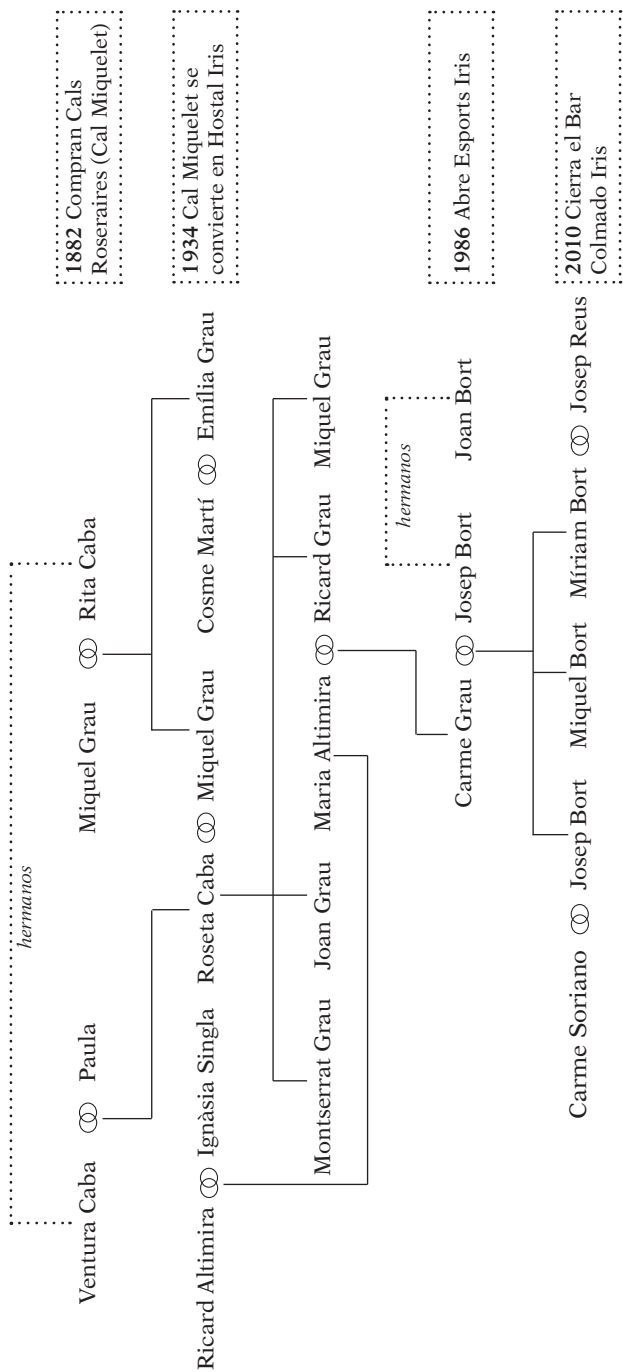


ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA GRAU



La primavera es una joya evanescente de tan breve e intensa; el verano es tiempo de jornadas infinitas y esperanza en la cosecha, los terneros y los potros; el otoño lleva el miedo a la muerte escrito en los cargantes e interminables días de lluvia y el invierno es una sábana blanca inmóvil bajo la que se oculta la vida. Por mucho que lo disimula con el turismo, todo queda en suspenso: amores, pleitos, razones, planes. Todo.

En invierno, las nubes que descienden de la Tossa de Alp o del Orri del Andreu se ciernen sobre la llanura, empañan el río, invaden las huertas traseras de las casas como las malas hierbas y, en unos minutos, se apoderan de la frontera abandonada. Entonces, las casas del barrio, que en realidad no es más que la carretera que va a Francia, adoptan un aire de mausoleo de derrotados: espías, refugiados, contrabandistas, gendarmes y fugitivos vagan entre los montones de nieve sucia y los charcos de agua negra que pintarrajean las paredes de los viejos edificios que flanquean la calzada.

Hay quien dice que son los fantasmas del paso del tiempo, que regresan transportados por los nubarrones para reclamar lo que las incontables tragedias de la historia les arrebataron. Podría ser. A la policía nacional, que custodia de lejos el paso fronterizo, no le hace ni pizca de gracia. Saben que esas sombras del pasado llevan consigo alguna premonición, escondida por las montañas e imperceptible para ellos. Son gente venida a regañadientes de la España interior, seca y áspera. No quieren saber nada de lo que aquí sucede. Nunca entenderán que las casas de la frontera escogen a sus habitantes, les conceden una experiencia humana diferente y una percepción de la vida

y la muerte que los hace ser de esa misma materia fabulosa, heroica e imaginada de la que nacen los sueños.

Eso no lo entienden ni los policías, vecinos forzados del barrio, ni los ruidosos esquiadores que salpican de colorido la grisura hibernal del territorio. Esta moderna y alegre invasión trivializa la crónica de tal manera que pronto la memoria del lugar y de su gente, de los miedos comunes y las luchas íntimas, será poco más que un relato plástico y fantasioso asociado a convenciones atávicas y considerado poco razonable.

Y de nada servirán los carteles informativos que colocan las administraciones para recordar los hechos allí acontecidos que han marcado la historia colectiva. Todo habrá quedado reducido a una especie de fábula grotesca carente de cualquier tipo de formulación razonada, una burbuja mítica de épocas inciertas y sórdidas que es preciso borrar en favor del futuro seguro y primaveral.

Pero siempre quedarán las casas y la gente que las ha habitado. Las tejas de pizarra rotas, los canalones descoyuntados por el peso de la nevada, los viejos muros ennegrecidos por el lodo salpicado por los coches y los patios y los huertos cubiertos por un manto de nieve sucia, cual dantescas llagas, son huellas imborrables que llevan escrita la realidad en la piel. Y siempre nos la contarán, por amarga como la hiel que sea.

La verdad es ficción y las casas donde vivimos, su reconstrucción.

Cuando por fin se hizo el silencio, Roseta lo maldijo con todas sus fuerzas. Tanto le había rogado al buen Dios que todo acabara de una vez y que toda aquella gente siguiera su camino hacia Francia, que ahora, aquella súbita desolación le provocaba una pavora agria que le revolvió el estómago. Después de semanas de trasiego de carros y automóviles, de nervios exaltados entre carabineros y gendarmes, de llantos de mujeres desconsoladas que habían perdido hijos y marido en aquel caos de miseria y dolor, de heridos con la mirada lánguida, de viejos con la papada temblorosa y la boina entre las manos suplicando un mendrugo de pan para su nieto, un esqueleto desnutrido que a duras penas recordaba a un ser humano, de discusiones a tiros, de violentas reyertas entre rojos y anarquistas como en el 37, de gritos y órdenes tan imperativas como inútiles, del estrépito provocado por la explosión del polvorín, y de frío y hambre para todos, por fin reinaba el silencio. De hecho, era más bien la vacuidad de la nada, como si la vida hubiese quedado suspendida en el aire, y todo y todos —vivos y muertos, animados e inanimados—, hipnotizados e inmóviles.

Pero eso no era la paz por la que ella había rezado en silencio día y noche, aquello era un mutismo de miedo y de muerte. Era el barro que lo ensuciaba todo al fundirse la nieve blanca. Ese fango negro e inmundado que removían las botas de quienes aún las conservaban, las alpargatas de aquellos que solo tenían sabañones, las ruedas de los carros que crujían lentas y pesadas, los neumáticos gastados de los coches que agotaban el último litro de gasolina maloliente y las chirriantes cadenas

de los tanques —arrogancia de la máquina invencible— era lo que había convertido aquel febrero de 1939 en una peste monstruosa como ella jamás se había imaginado.

Por eso ahora clamaba al cielo una desdicha en forma de tormenta furiosa que bajara desde la Tossa de Alp y arrasara con todo: con el perro estropajoso que había enmudecido de tanto ladrar noche y día a huéspedes y extraños, con el gallo que se había quedado sordo por la metralla disparada por los Fiat que perseguían a las columnas en retirada, con los legionarios instalados en Torre Mata —donde, hasta hacía unos días, se alojaban los soldados republicanos en desbandada— que se habían pasado dos noches invocando a sus madres y novias en un delirio alcohólico y desesperado y ahora dormían la mona, y hasta con el latido de su propio corazón, que, con aquella calamidad constante, ya ni oía. ¡Así se los llevara a todos una cellisca violenta como aquella guerra indecente que arrasara para siempre la vida en aquella comarca perdida y nadie pudiera dejar testimonio de aquel desastre!

Aunque, claro, si se dedicaba a maldecirlo todo de aquella manera, el Señor se enfadaría con ella, había pensado en un momento de debilidad. ¿Sí? Pues que viniera a ver cómo había quedado todo y juzgara. Y si decidía que tenía que llevársela, que lo hiciera rápido y la dejara descansar para siempre al lado de su Miquel. No pedía nada más. Bastante había hecho ya, a veces haciendo de tripas corazón, para intentar poner algún parche en la llaga de aquella desgraciada mortandad. Y ni vencedores ni vencidos se lo agradecerían nunca.

El viernes al mediodía, los nacionales habían llegado a su casa. Hacía tres días que veía pasar hacia el otro lado de la frontera a amigos y conocidos de Puigcerdà. Unos le decían que se marchaban por miedo a las represalias, otros, por temor a ser robados y asesinados por los moros de la legión, y las mujeres, además, a ser violadas. Otros afirmaban que los nacionales prenderían fuego a la ciudad; todos temían por su vida y huían dejándolo todo, incluida su propia vida. ¿Qué sentido tenía escapar entonces? ¿Y hacia dónde?

Había miles de personas que, después de haber cruzado la frontera y creyéndose a buen recaudo en Francia, habían

estado retenidas al aire libre en prados a más de mil metros de altitud y obligadas a cavar zanjas en el suelo hasta el agotamiento para guarecerse del viento y el frío. También los había que, por las noches, se escabullían de los vigilantes y, hambrientos e iracundos, saqueaban cuanto encontraban a su paso. Roseta decidió que se quedaría en casa. Pasara lo que pasara, no quería morir como un animal.

Esperó en la cocina con su hijo, Ricard, que había vuelto de Barcelona unos años atrás. Y cuando oyó que alguien entraba al grito de «¡Arriba España, viva Franco!», se secó las manos en el delantal y salió detrás del mostrador a preguntarles qué deseaban. Quien estaba al mando de aquel pelotón era un capitán bastante joven, de Ponferrada, le dijo. Ella se presentó como lo que era, la dueña de la fonda. No encontrarían a nadie más en casa, ya se había marchado todo el mundo: huéspedes, clientes, miserables y aprovechados. Le sirvió un vaso de vino y le ofreció un cuarto si lo deseaba. El hombre rechazó con sequedad castrense. Le ordenó que no se moviera de casa.

—¿Adónde quiere que vaya?

A las dos y cinco de la tarde de aquel 10 de febrero, izaron la bandera de la nueva España en la pasarela de madera que cruzaba el río Reür, en la frontera con Bourg-Madame. El puente, inaugurado en 1887, había sido destruido por un aguacero dos años atrás. La última casa del nuevo mundo que crearon los vencedores, el Finisterre de aquel valle de lágrimas y desolación en que se convirtió todo, era Cal Miquelet, rebautizada hacía unos años como hostel Iris: la casa de la frontera. Y allí continuó viviendo Roseta, como habían hecho sus suegros y como haría alguno de sus hijos. Cada 10 de febrero, unos cuantos falangistas, militares, capellanes y guardias civiles se encargaban de recordárselo. Venían en coches negros, siempre manchados de barro, mandaban tocar el *Cara al sol* a unos pobres cornetas escuálidos y muertos de frío que se dejaban el alma soplando, pero sabían de música tanto como ella, vitoreaban a Franco y declamaban, más que leían, el último parte de guerra de la zona: «En el día de hoy nuestras tropas han ocupado sin resistencia el territorio de Llivia, enclave situado a un kilómetro de la frontera de Puigcerdà, donde la

población las recibió engalanando los balcones con banderas nacionales». A costa de tanta insistencia y énfasis, se lo había aprendido de memoria.

El resto de actores que quedaban en aquel drama eran meros figurantes, vagabundos de una realidad devastada atrapados en aquella tierra minada. Anarquistas sin rumbo a quien nadie nunca quería acoger, militares republicanos en solitaria resistencia al franquismo, contrabandistas espabilados, aventureros a la deriva, ancianos demasiado cansados para volver a emprender camino alguno, bebedores para el olvido y algún tabernero que les sirviera un vaso de vino e incluso un plato, si procedía y había algo para dar sabor a la sopa. Restos del naufragio. Gente dispersa que, no teniendo adónde ir, había entendido que la retirada no tenía sentido para ellos.

Y como la anhelada cellisca devastadora no llegaba nunca, Roseta pronto sospechó que aquella seguiría siendo la razón final de ser de su establecimiento. Una barra acogedora de incontestables historias de la diáspora, unos vasos donde retumbaban las voces abandonadas en aquella tierra de nadie, un caleidoscopio de realidades, todas de lo más inciertas. Gente extraña, en suma. Es lo que tienen las tierras de la frontera. Nadie es nunca de ningún lugar porque no sabrían adónde ir si los sacaran del campo de refugiados que ellos mismos han levantado con los años, con sus manos, con sus esfuerzos y sus fracasos. Gente llegada de todas partes sin impedimenta ni pasado, que ha construido su país ficticio sobre la estrecha franja de una raya roja pintada en un mapa. Gente de la que se sabe muy poca cosa.

Para todos ellos, la casa de la frontera es una guarida, el único territorio que pisan con paso temblorosamente seguro.

La casa de la frontera ganó el XXXVII Premio BBVA Sant Joan de Literatura. El jurado estaba formado por Jordi Coca, Pere Gimferrer, Giuseppe Grilli, Joan Carles Sunyer y Carme Riera.

La traducción de esta obra ha obtenido una ayuda del Institut Ramon Llull

LLLL institut
ramon llull
Llengua i cultura catalanes

Título original del catalán:
La casa de la frontera
Texto de Rafael Vallbona
© 2017 Grup 62, Barcelona

© del texto: Rafael Vallbona Sallent, 2018
© de la traducción: Inés Clavero Hernández, 2018
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2019
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: enero de 2019
ISBN: 978-84-9743-850-6
DL: L 15-2019
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.